

indios de los pueblos comarcanos, y por muchas familias de la capital, que desde el día anterior habían llegado con objeto de ver la original manera con que los indios celebran la Semana Santa.

Las torres de la iglesia y las gruesas paredes del átrio estaban adornadas con blancas colgaduras y gallardetes de diversos colores.

Un indio, con una gran rueda de cohetes artificiales, se hallaba fuera de la iglesia, pero próximo á la puerta, esperando la hora á propósito para dar fuego á la rueda.

Otro corría por en medio de la gente, llevando en los hombros un *torito*, también de fuegos de artificio, que se quemaba encima de él, con grande algazara de los concurrentes.

Preciso es haber asistido á esas fiestas, como he asistido yo, para conocer todo el entusiasmo que los indios tienen por las funciones religiosas.

Se puede decir que en este punto son fanáticos.

Nada hay para ellos que tantos atracti-

vos encierre, como el día destinado á festejar al santo del pueblo. Todas sus economías de un año, que tal vez han tenido ocultas debajo de tierra, se destinan entonces á la compra de cohetes y castillos, velas de cera, cintas de colores, banderolas y gallardetes con que adornan el interior y exterior de la iglesia. Los puntos por donde ha de pasar la procesion los embellecen con arcos de frescas ramas, alternados con otros de olorosas flores; y enfrente de la puerta del templo colocan un castillo artificial, que queman despues de la funcion, no sin que hayan precedido millares de cohetes voladores, varias ruedas de fuegos artificiales al elevar la hóstia, y algun *torito* hecho de tronadores cohetes, que lo quema uno corriendo con él á cuestas, al son del tambor, y que tanto que reir da á los espectadores. Pero entre sus fiestas religiosas, las que mas llaman la atencion son las que tienen lugar en la Semana Santa en ciertos pueblecillos de los alrededores de la capital, y á los que he concurrido muchísimas veces, y que ahora que nuestra

historia nos encuentra en ellas, voy á describir con toda exactitud.

Antes de que llegue esa semana memorable en los anales de la cristiandad, los indios acuden á México á proveerse de todos los objetos que juzgan indispensables para dar á la funcion aquel brillo que á dias tan remarcables corresponde. Lama de oro y plata de las mas exquisitas labores; albas finísimas; caretas de carton figurando las cabezas de los animales mas espantosos; castillos artificiales; instrumentos de viento; estandartes de mil colores; penachos de vistosas plumas, todo lo compran y llevan de México con un placer que no lo cambiarían por ninguna otra felicidad del mundo. Por fin brilla la deseada aurora del memorable Juévès Santo, y el rajado esquilon de la iglesia, que toca á vuelo, los cohetes voladores que se cruzan por la azulada esfera, la destemplada música de los indios que recorren las calles, la bulla de las indias que se asoman á las puertas de sus chozas; los gritos de los muchachos que tremolando cada cual en la punta de una caña una

bandera ó un pañuelo forman el vítor indispensable en tales fiestas, y el gran número de canoas que cargadas de gente cortesana van llegando al pueblo, anuncian que la hora de dar principio á la funcion de iglesia está próxima.

Así, ni mas ni menos, sucedia en Culhuacan en los instantes en que nos encuentra nuestra historia.

Nuestro meditabundo jóven que acababa de saltar de la canoa, se dirijia á paso lento hácia la iglesia por en medio del gentío, sin fijar la atencion en nada de lo que le rodeaba.

Grupos de indios, vestidos de fariseos, y cubiertos los rostros con caretas que imitaban cabezas de animales los mas feroces, cruzaban en todas direcciones hablando en alta voz, y dando gritos descompasados.

Varios muchachos, los mas, descalzes y sin camisa, con un haz de cohetes voladores debajo del brazo y un tizon en la mano, se ocupaban en despedir aquellos al aire, produciendo una no interrumpida detonacion que se unia al ruido de una charanga

que precedía á un vítor de muchachos, semejantes á Adán en el vestido que, con largas cañas, en cuyas puntas tremolaba un trapo ó un pañuelo viejo de algodón, recorrian el pueblo dando extraordinarios gritos.

A éstos se unian las chillonas voces de las indias, que sentadas en las puertas de sus chozas, con una enorme olla delante de ellas, pregonaban con voz nasal: "aquí hay *tamales*, mi alma, de chile, de dulce y de manteca; pásen señoritas."

El callado personaje de que hemos hablado, caminaba por en medio de aquella nueva Babel, triste y reflexivo, sin distraerse un solo instante de sus meditaciones.

Abismado en éstas, que sin duda debian ser dolorosas, cuando en tan florida edad le obligaban á estar triste en medio de la alegría general, penetró en la iglesia, se quedó quieto en un punto, recorrió con la vista todo el templo como buscando un objeto, y no hallándolo, pronunció interiormente estas palabras: "No está; esperaré."

Y se quedó de pié junto á la pila del agua

bendita, volviendo la vista hácia la puerta para fijarla en cada individuo que entraba.

Cansado de esperar inútilmente, y queriendo sin duda hacer menos largo y penoso el tiempo, se puso á examinar la iglesia.

Era la vez primera que veía celebrar una funcion de aquellas en los pueblos de indios.

Acostumbrado á las solemnes funciones de las grandes ciudades de México, de las cuales nunca habia salido, y en las que las fiestas de Semana Santa se celebran con una pompa y gusto que puede competir con las que tienen lugar en la misma Roma, pronto llamó su atencion lo que á su vista se presentaba en aquel pueblo de indios que, como todas las aldeas habitadas por los mismos, presentan costumbres enteramente distintas á las del resto del país.

El templo estaba adornado con millares de gallardetes, de vistosos colores, que colgaban de la bóveda, muchos de los cuales sostenian en sus puntas, pintadas jáulas con lindísimos pájaros, de brillantes plumages, que no cesaban de trinar un solo instante.

Mil velas de blanca cera, en que estaban elevadas, de trecho en trecho, por ambos lados, y á distancia como de dos pulgadas, pequeñas pajas de bálago, con banderitas de hojas de pan de plata y oro, ocupan todo el altar, guardando simetría con millares de naranjas, adornadas de la misma manera. El efecto que esto producía á la vista, era admirable. Los raudales de luz que vertían las adornadas velas sobre las temblantes banderitas de oro y plata; el brillante color que adquirían con los matizados reflejos de aquella las fragantes naranjas; el continuo oscilar de los gallardetes y de las banderolas, halagados por el ténue viento que por la ancha puerta del templo penetraba, y el continuo gorjeo de los pintados pájaros que agitaban sus brillantes alas en las doradas jaulas, formaban un todo tan agradable, que no le es dado á mi humilde pluma encarecer suficientemente.

Nuestro jóven apartó la vista del altar mayor, que brillaba como un rio de oro y plata, bañado por los lucíferos rayos del na-

ciente sol, para dirijirla por el resto del templo.

Allí tienen vdes. un número considerable de naranjos, colocados en pintados barriles, frondosas ramas y vistosas flores, figurando el Huerto en que oró el Salvador del mundo. En medio de ese fingido Huerto se descubre de rodillas al inocente Jesus en actitud humilde y suplicante. Frente al púlpito se ostenta una mesa en que están sentados los jueces romanos, representados por verdaderos indios, vestidos con largas túnicas, entre los cuales, y ocupando un lugar principal, se ve á Pilato, con grandes anteojos; personage que generalmente lo desempeña la persona que entre ellos pasa por dotada de mas talento: allí están todos ocupados en revisar, con el mayor afan, y haciendo ridículas gesticulaciones, el libro de las leyes para juzgar y prender al Salvador: junto á ellos se descubre á Júdas, desempeñado por otro indio, que no cesa de sonar el bolsillo lleno de dinero en que había vendido al Divino Maestro; y dispuestos á ejecutar las órdenes que se les dicten, se ve á

varios fariseos, personificados tambien por indios, disfrazados todos con caretas, imitando la cabeza de una serpiente, de un demonio, de un leon, ó de un oso. Estos fariseos llevan en la cabeza cascos de carton unos, de hojalata otros, y algunos de laton viejo, adornados con largas colas de gatos ó de perros; en las manos llevan gruesas cadenas que arrastran por el suelo para hacer mucho ruido, y destinadas para ponérselas al Redentor en cuanto les den la órden de prenderle. Mientras los jueces y Pilato se ocupan en hojear el libro de las leyes, y en dar sendos puñetazos sobre la mesa, como quien discute un asunto de los mas sêrios, otro indio, que representa al ángel de que habla S. Lucas que se le apareció al Señor para confortarle, y que estaba vestido con una alba vieja, puesta sobre unos calzones anchos, se dirige con una enorme copa dorada, de madera, al Huerto en que está orando el Hijo de Dios, y se la coloca en los labios para que beba.

En tanto que tiene lugar esta original pantomima, que nuestro jóven contempla

asombrado, el cura sigue predicando un sermón análogo á las circunstancias; mas viendo que se pasa el tiempo, y que los fariseos no van á prender á Jesus, interrumpe su discurso, y sonando las manos exclama: "¿Hasta qué hora esperan para prender á Jesucristo? ¿No ven vdes. que ya hemos llegado al punto del prendimiento? ¿Van tres veces que les digo que le prendan, y nadie se mueve!" Entonces los fariseos, á una señal de Pilato, haciendo gran ruido con las cadenas, corren al Huerto, guiados por Júdas, el cual, acercándose al Salvador, le da un beso que suena como un cañonazo; mas no bien le ha dado el falso ósculo, cuando los fariseos se arrojan sobre Jesus, le cargan de cadenas y le conducen á la prision en medio del llanto y de los gritos de dolor de todos los indios que están en la iglesia. Para que nada falte, por la tarde le sacan de la prision, le conducen al átrio de la iglesia, y allí, como si realmente fueran judíos, azotan á nuestro Salvador.

Nuestro jóven que, habia visto todo aquello con gran asombro, y que casi se habia

olvidado del objeto que le habia llevado á Culucan, se acordó de repente del asunto importante que le preocupaba, y dirigió la vista por segunda vez hácia el gentío que ocupaba el templo, buscando sin duda á una persona.

—No está:—dijo al fin interiormente:— Sin duda no sale aún de casa, y en ella podré encontrarle: marchemos al momento.

Y nuestro personaje salió de la iglesia al pronunciar estas palabras.

Al cruzar una de las calles en que se entretenia la gente en ver quemar un *torito* de fuegos artificiales, se vió precisado á detener el paso detras de una elegante señora que, apoyada en el brazo de un caballero, marchaba delante de él, y cuyo rico traje revelaba pertenecer á la clase distinguida de la capital.

Nuestro jóven, impaciente por llegar pronto á la casa del sacerdote Enrique, pisó involuntariamente el vestido de la esbelta señorita, la cual, como era natural, volvió hácia atrás el rostro.

El jóven alzó los ojos para pronunciar

una excusa, al mismo tiempo que la señora fijaba en él los suyos; pero de los labios de aquel como de la bella, solo salió, al reconocerse, una exclamacion de sorpresa.

El personaje á quien hemos visto venir en la canoa, aterrizado y sin formular una disculpa, desapareció entre el gentío, en tanto que la hermosa, pálida y temblando, se asió fuertemente del brazo de su compañero.

—¿Qué te pasa, querida Luz? ¿qué tienes que estás temblando...? ¿Quién es ese hombre que te ha hecho lanzar ese grito?... ¿Te ha robado algo?....

Le preguntó el elegante que le acompañaba.

—No; nada me ha hecho.

Contestó la hermosa Luz, casi sin poder respirar.

—¿Pues qué te ha sucedido?

—¿No conoces á ese jóven, querido Rafael?

Le dijo la hermosa,

—No puse cuidado en su fisonomía. Pero ¿quién es que así te ha conmovido?

—¿No te he contado la funesta historia de mi tierna amiga Enriqueta?

—¿Aquella virtuosa y bella señorita, que habiendo vivido en la opulencia, murió después de hambre y de miseria al año de casada, mirando espirar á sus secos pechos al desgraciado fruto de su unión?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que ese hombre.... que ese jóven que acaba de desaparecer....

—¿Quién es....? acaba.

—Es el mismo que, arrastrado por infames amigos al juego, perdió cuanto tenía, causando su muerte.

—¿Su esposo Ernesto!

—Sí, su esposo Ernesto, que lleva pintados en el rostro el remordimiento y la desesperación. ¡Ah....! su vista me ha hecho recordar á la tierna amiga de colegio, á quien amé como á una hermana, y cuya muerte lloro todavía.

—Tranquilízate, querida Luz:—le dijo

Rafael con la mayor dulzura:—compadecemos á ese desgraciado, y no entristezcamos, con funestos recuerdos, estas horas que Dios se ha dignado conceder á nuestro amor.

Tienes razón: no hemos venido de México á pensar en las desgracias de otros sino en nuestra felicidad. Pero detengámonos un instante á esperar á papá y mamá, que vienen muy atras.

—Sí; los esperaremos: se han entretenido en ver quemar el *torito*, y nos han dejado venir muy á la vanguardia.

—¡Pobre papá!—exclamó Luz.—Después de tanto tiempo de destierro, todo le sorprende y le agrada con su familia. A tus recomendaciones y á tu influjo debe la libertad, y nunca nos habla de tí sino para elogiarte.

—¿Y á quién, mas que á mí, interesaba verle entre nosotros que, con su llegada, alcanzaba la felicidad de unirme á tí para siempre?

—¡Ah!.... ¡qué dichosa soy!

—Mas también es preciso que no nos ol-

videmos de la parte que para conseguir que le alzasen su destierro, tomó mi amigo y compañero Willey.

—¡El doctor!....

Dijo Luz poniéndose pálida como la muerte.

—Sin duda; y por lo mismo que toma parte en todos nuestros goces, siento que te hayas empeñado en que no le convidásemos para que nos acompañase á ver esta función de pueblo.

—¿Te ha disgustado que yo suplicase que nada se le dijera?

—¡Disgustarme nada de lo que á tí te parece bien?... ¡qué error, querida Luz! ¡Qué cosa puede haber para mí mas grata que satisfacer tus mas ligeros deseos?

—Lo sé.

—Pero ¿qué daño nos podia haber causado la presencia de Willey, que tiene verdadero empeño en nuestra ventura?

—Estamos mejor solos: así hay menos testigos que nos incomoden y nos impidan hablar. Las personas que aman necesitan

estar solas para que los labios pronuncien sin reserva lo que siente y dicta el corazón.

Durante este diálogo llegaron los padres de la jóven, y todos juntos se dirijieron á la iglesia.

El desgraciado Ernesto, cuya vista tanto habia sorprendido á la hermosa Luz, habia atravesado, entre tanto, las calles que le separaban de la casa en que hemos visto al padre Enrique, y penetraba en el zaguan pronunciando estas palabras:

—¡Soy un infame, cuya vista causa horror á los que me conocen!.... ¡El asesino de dos ángeles!.... ¡De Enriqueta.... la mujer que tanto amé y á quien hice desgraciada, y de mi hija!.... ¡Oh!.... ¡el juego... el juego me ha perdido!.... ¡Y sin embargo.... el juego es mi pasión.... mi delicia.... mi existencia!....

Y subió de dos en dos los peldaños de la escalera.

La fiesta, entre tanto, seguía en el pueblo.

La detonación de los cohetes se escuchaba á cada instante.

Los gritos de los muchachos y el mur-

mullo del inmenso gentío que llenaba las calles, penetraba en todas partes.

El jóven llegó á la puerta de la habitacion del padre Enrique con inquietud.

En su oído resonaba aún el grito de horror lanzado por la hermosa Luz, la tierna amiga de su desgraciada esposa.

La puerta estaba cerrada, y se detuvo un instante sin atreverse á llamar.

La voz del sacerdote, que rezaba dentro, se escuchaba confusamente.

Ernesto se estremeció.

—¿Qué voy á hacer?—Dijo para sí temblando.—Este sacerdote es la virtud personificada.... ¡Cómo, pues, atreverme á....

Y no pudo continuar.

La voz del ministro del Señor llegó clara á su oído, pronunciando estas palabras del libro de los Proverbios.

“Teme á Dios y apártate de lo malo.”

“No te deleites en las sendas de los impíos, ni te agrade el camino de los malos.”

“Huye de él, y no pases por él: desvíate, y abandónalo.”

Ernesto se sintió conmovido.

Un estremecimiento horrible sacudió sus miembros.

Es que si habia perdido en el juego sus sentimientos humanos, no habia perdido aún la conciencia.

Esta secreta voz, con que Dios avisa al pecador, le hizo avergonzar de su pasado, y le obligó á titubear.

Sin embargo, este toque divino fué instantáneo.

—¡A qué esta cobardía ridícula?....—
Exclamó despues de un instante de indecision.—El padre es rico.... yo necesito dinero.... ¡Oh!.... léjos de mí ridículos temores.

Y animado con estas palabras tocó á la puerta.

—Adelante.

Contestó desde adentro el padre Enrique dejando de orar y poniéndose en pié.

El que llamaba abrió la puerta y se quedó en el umbral.

El sacerdote fijó la vista en el que entraba y exclamó sorprendido: ¡Ernesto!